

opinion que tenemos de la naturaleza sea legítima ó corresponda á la realidad. Desconfiemos de las necesidades de la razon como de los hábitos de la imaginacion, y sin renunciar á la concepcion de lo infinito, suspendemos nuestro juicio hasta más completa informacion.

3.—El mundo espiritual.

El *tercer* objeto del pensamiento, que sucede á los conceptos de humanidad y naturaleza, es el *espíritu*, el conjunto de espíritus, el mundo espiritual ó moral, que oponemos al mundo físico, y al que pertenecemos nosotros como espíritus racionales.

Entendemos por *mundo espiritual* el conjunto de sustancias inmateliales ó inteligentes, cualquiera que sea el nombre que se les dé, espíritus, almas, génius, ángeles ó demonios, y cualquiera que sea su rango en la gerarquía moral. Existen quizá diversos órdenes de sustancias espirituales, como existen diversas especies de sustancias físicas, pero las colocamos todas en el mismo todo, como hicimos respecto de los cuerpos. Puede suceder además que algunos órdenes sean más quiméricos que reales, que sean el fruto de la imaginacion y de la poesía más bien que de la ciencia; mas poco importa por el momento: procuro reducir á su más simple expresion todos los objetos que ocupan el pensamiento humano, y á este título señalamos el mundo espiritual con todos los seres que se tiene el hábito de colocar allí; pero no garantizamos el valor objetivo de esta concepcion.

El pensamiento del mundo espiritual se desenvuelve en nosotros por la *observacion*, de la misma manera que el de la naturaleza y el de la humanidad. Comenzamos por señalar algunos espíritus, con los cuales estamos en relacion en la familia y en la sociedad, mediante la palabra; despues, á medida que nuestras fuerzas aumentan y que nuestras relaciones se extienden, merced á la educacion, conversamos con un número de espíritus cada vez más considerable, y entramos por la escritura en comunicacion con los génius de los siglos pasados, que nos han dejado sus obras. Mas nuestros lazos espirituales están siempre subordinados al lenguaje. Por una union de signos fónicos ó gráficos que se dirigen al oido ó á la vista, es como podemos comunicar con nuestros semejantes. Por este motivo sin duda, es por el que nuestras relaciones con los espíritus son tan limitadas en la tierra. Probamos que por vía de análisis nada

sabemos de positivo de los ángeles ni de los demonios, que tienen tan grande representacion en algunas doctrinas religiosas y filosóficas; no obstante, segun todas las descripciones que se ofrecen, ¡son todas las criaturas inteligentes, rebajadas ó elevadas á una nueva dignidad; lo son además los seres racionales, que forman parte de la misma sociedad espiritual que nosotros. Pero fuera de las almas dotadas de razon, ménos que la especie humana, ¿no hay otras almas más imperfectas, que pertenecientes al mundo de los espíritus, aunque privadas de la conciencia de sí mismas, sean incapaces de heredar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos? En efecto, conjeturamos que los animales no son simples máquinas, autómatas, como quieren los cartesianos, sino seres animados, provistos de una alma sensible, que permanece dominada por el instinto y no obra más que en el círculo de la sensibilidad. En fin, extendiendo siempre el pensamiento del mundo espiritual, llegamos á concebirle como un *todo infinito en su género*, constituido en antítesis con el mundo de los cuerpos, y comprendiendo como él una infinidad de seres finitos, una infinidad de sustancias individuales que llamamos espíritus ó almas.

Cuando se considera la cuestion del *alma de los brutos* sin prejuicios filosóficos ni religiosos, se debe reconocer que los animales tienen ciertas facultades que consideramos como los atributos de una alma; la psicología y la fisiología están casi de acuerdo sobre este punto. Tienen pensamiento, sentimiento y voluntad como nosotros; solamente que estas facultades en ellos no se manifiestan sino de una manera instintiva y no se ejercitan más que en los límites de las cosas sensibles, mientras que entre nosotros se manifiestan de una manera consciente y libre, y se ejercitan á la vez en el dominio de la sensibilidad y de la razon. Con ayuda de los sentidos, los animales perciben las cosas que les rodean y se orientan en el mundo exterior; gracias á la imaginacion y á la memoria, tienen representacion y recuerdos y son capaces de recibir cierta educacion, poseen además la reflexion y ejecutan alguna vez combinaciones asombrosas; pero su inteligencia, como lo prueba M. Flourens, está generalmente en razon inversa de su instinto. Esas son facultades intelectuales que no se encuentran en la materia. En el orden de las facultades afectivas, los animales experimentan sentimientos de placer y de dolor, de esperanza y de temor, de gratitud y de venganza, sentimientos que se dirigen al bien y al mal, es

decir, á lo que es conforme ó contrario á su naturaleza sensible, en el presente, en el futuro ó en el pasado. En el órden de la voluntad, en fin, ejecutan los movimientos, forman planes para sorprender su presa ó resistir á un enemigo, y toman frecuentemente las resoluciones con viva energía.

El *alma humana* esta constituida de otra manera. Tiene la conciencia y el sentimiento de sí misma, de su naturaleza, de su misión, de sus derechos y de sus deberes; está revestida del carácter de la personalidad, y este atributo sólo le dá un valor inapreciable. Sabiendo lo que hace y lo que debe hacer, el hombre tiene el discernimiento moral y el libre albedrío y le alcanza la responsabilidad de sus actos. Comparando su situación presente con una situación ideal ó perfecta, se mejora, progresa, es indefinidamente perfectible. Comprendiéndose á sí mismo, sabe también hacerse comprender de sus semejantes; tiene la palabra. Sus facultades, alimentadas á la vez por las cosas sensibles y por las cosas suprasensibles, se desarrollan en armonía con Dios, con el Universo, con todo lo que existe. El espíritu humano está dotado de sensibilidad y de razón: no solamente percibe las sensaciones, sino también las ideas. Tiene ideas generales de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero, de lo justo, de Dios, que son las leyes de la vida racional, los principios de la ciencia, del arte, de la moral, de la religión, de la sociedad, y que distinguen radicalmente la actividad de los seres racionales de la actividad de los animales. Merced á la razón, nuestros conocimientos se elevan de lo finito á lo infinito, de lo relativo á lo absoluto, de los fenómenos sensibles á la causa final del mundo; nuestros sentimientos se purifican á medida que nuestra inteligencia sube hacia Dios y los goces egoístas se transforman sucesivamente en benevolencia, en estimación y en amor; nuestra voluntad, en fin, se libra insensiblemente de la influencia de los móviles interesados y se aplica á realizar el bien por el bien, á cumplir el deber con abnegación, sin hacer caso ni de la fortuna, ni de la salud, ni de la vida. Hay aquí todo un órden de pensamientos, de afecciones y de resoluciones que son propiedad exclusiva de la vida de los seres racionales ó que no ofrecen ninguna analogía en la vida de los brutos.

El alma humana difiere, pues, esencialmente del alma de aquellos por la conciencia, por la personalidad, por la libertad, por la razón, por el carácter universal de su actividad, y no parece que esta distancia pueda jamás salvarse en atención á que los animales

no son perfectibles. De ahí la imposibilidad de toda metempsicosis ó de todo cambio de alma entre el hombre y el animal. Uno de estos seres representa la inmovilidad y queda eternamente encerrado en el círculo de las percepciones y de las emociones sensibles, bajo el yugo del instinto, mientras que el otro es la imagen del progreso y vé abrirse ante sí un campo sin límites en la ciencia, en el arte, en todas las esferas de la actividad racional. Existe para nosotros un ideal de belleza, de virtud, de justicia, de organización social, hacia el cual tienden incesantemente nuestros esfuerzos y que no podemos conseguir sino en el tiempo infinito. La hipérbola y sus asíntotas son exactamente el símbolo de esta relación entre lo ideal y la realidad, que se aproximan siempre y no se encuentran más que en lo infinito.

El desenvolvimiento del espíritu humano en todas sus fuerzas es obra de la *educación* social ó personal, y el instrumento de la educación es el *lenguaje*. Es un hecho que los espíritus racionales en la vida terrestre no están inmediata ó directamente unidos entre sí; no leemos en la conciencia de otro como en la nuestra propia; el sentido íntimo que nos hace percibir y sentir sin intermediario los actos y las cualidades de nuestra alma ninguna revelación nos dá sobre los actos y las propiedades de otra alma. Esa es quizá una consecuencia de nuestra posición sobre la tierra. Es cierto, en efecto, que el alma acá abajo se une íntimamente á una porción de materia que llega á ser su cuerpo, y que le sirve de mediador para todas sus relaciones activas y pasivas con la naturaleza. No podemos conocer y sentir los objetos exteriores sino gracias á la acción que ejercen sobre nuestros sentidos, esto es, sobre nuestro sistema nervioso, y no podemos obrar voluntariamente sobre ellos sino gracias á nuestros músculos y á nuestros nervios. Las relaciones de los espíritus entre sí son además indirectas. La vida espiritual se manifiesta exteriormente por los movimientos ó por los sonidos, que son la base del lenguaje, bajo la doble forma de la escritura y de la palabra, y que permiten á los espíritus comunicarse entre sí. El lenguaje está formado cuando los fenómenos sensibles, como los sonidos y los gestos ó las figuras, han recibido una *significación*, es decir, cuando se ha establecido correspondencia con los conocimientos, los sentimientos y las acciones del espíritu: así es como los sonidos y las letras, asociándose á las ideas, forman las *palabras*. Se comprende un lenguaje así que se sabe cuáles son los términos de cada serie, que

recuerdan los términos de la otra. Es, pues, el lenguaje un organismo de signos gráficos ó fónicos, que se perciben por la vista ó por el oído, y están destinados á expresar todos los actos de la vida espiritual. Aunque los espíritus no caen bajo los sentidos, la sensibilidad es todavía quien sirve de lazo entre ellos.

Las necesidades de la educacion y los diferentes grados de *cultura* del espíritu humano dependen de la posicion del hombre sobre la tierra. La educacion no dá al espíritu ninguna facultad nueva, mas desenvuelve todas las facultades que son inherentes á su naturaleza. Cuando la escuela teológica de M. Bonald, conocida bajo el nombre de *tradicionalismo*, exageraba sobre todo la influencia de la educacion, era con la idea preconcebida de establecer la flaqueza original del espíritu humano. Estas pretensiones, hoy dia abandonadas, no deben discutirse. Para ensalzar el oficio de la educacion, no es necesario decir que la palabra crea la razon; basta que haga manifestar todos los gérmenes de vida racional que están envueltos en nuestra esencia; pues el desenvolvimiento de nuestras facultades, del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad, se verifica en tres grados sucesivos, señalados por el predominio ya de la sensibilidad, ya del entendimiento, ya de la razon. Se entien- de bien, que la preponderancia no es la exclusion.

En el primer grado de cultura predomina la *sensibilidad*. El espíritu que desciende sobre la tierra debe aprender á conocer el cuerpo á que está unido, ya que él es el instrumento obligado de todas sus relaciones con los seres finitos. Se aplica en consecuencia á interpretar las sensaciones que le comunican los órganos, á orientarse en el mundo exterior, á hacerse dueño del lenguaje. Por eso la educacion del espíritu se hace desde luego en el seno de la naturaleza, y todas las ocupaciones del niño llevan el sello de la sensibilidad. Nuestros primeros conocimientos son las nociones sensibles; nuestros primeros sentimientos las afecciones sensibles, y los primeros móviles que solicitan la voluntad son los motivos sensibles; en una palabra, la sensibilidad alimenta toda la actividad del alma. En este grado de cultura, la similitud parece completa entre el hombre y el animal, sobre todo si se añade que el niño, no teniendo aun plena conciencia de sí mismo, vive bajo el imperio del instinto y sufre la dominacion de su naturaleza sensible. El carácter universal de las facultades humanas, la personalidad y la dignidad moral del sér racional están más ó menos ocultas y como oprimidas

por la vitalidad de los sentidos. No obstante, la semejanza sólo es aparente y transitoria. Ante todo, el animal queda en este grado inferior sin superarle jamás, mientras que el espíritu humano, dotado de perfectibilidad, no podría detenerse, á ménos que por fuera no encontrara las condiciones funestas que embarazan su desarrollo normal. El hombre principia donde acaba el bruto, pero está destinado á elevarse infinitamente más alto. Despues, aun en la cultura infantil del espíritu, se encuentran ya las fuerzas y las tendencias que jamás aparecen en la actividad de las bestias. El niño no tiene conciencia de la razon, pero se sirve de ella; no tiene conocimiento científico de la unidad, del sér, de la causa, pero las aplica á sus sensaciones para explicarlas y relacionarlas á los objetos que las han producido; no tiene sentimientos religiosos, pero se deja luego cautivar por la belleza y enternecer por el bien; no obra con desinterés, pero sabe pronunciarse contra el abuso de la fuerza. Sus instintos mismos son la aurora de una vida superior: los instintos de la curiosidad, de la imitacion, de la simpatía, de la sociabilidad anuncian que ha nacido para la ciencia, para el arte, para la caridad, para la sociedad.

En el segundo grado de cultura predomina la *reflexion* ó el *entendimiento*, facultad de análisis y de combinacion que dá á la vida espiritual del hombre un carácter completamente nuevo y la distingue radicalmente de la de los brutos. En este momento de desenvolvimiento del espíritu, la razon no está cumplidamente despejada; las leyes y los principios superiores aparecen confusamente á la inteligencia y no ejercen aun su legítimo dominio sobre el corazon humano; son ráfagas, más bien luces científicas, pero esas ráfagas bastan para dar á la actividad un sello de distincion y de elevacion que le señalan un papel original en la creacion. En esta situacion, el entendimiento se inclina generalmente á los fenómenos sensibles para extenderlos, generalizarlos, asegurarlos á su causa y deducir sus consecuencias. Los conceptos aislados, adquiridos con ayuda de los sentidos son ahora empleados con método, y dan lugar á la *observacion* y la experimentacion. Pero no nos satisface el observar los objetos individuales; gracias á su facultad de abstraccion, el espíritu descompone los conceptos, descubre en los seres las propiedades comunes y de ellas forma los conceptos superiores de *especie*, *género*, familia, clase: se eleva así por el procedimiento de la generalizacion, bajo la forma de la induccion ó de la analogía, remonta

cada vez más alto en la escala de los seres y concluye por darse cuenta del conjunto de los fenómenos sometidos al análisis. Así es como se constituye gradualmente la ciencia en los límites de la experiencia. Las mismas operaciones se efectúan en las artes, en los usos, en las leyes é instituciones sociales; en todas partes, los fenómenos se generalizan y se reducen á la unidad. El espíritu puede desarrollarse indefinidamente en este dominio, adquirir poco á poco este caudal enorme de conceptos comunes ó abstractos que expresamos por *nombres comunes* y que se acumulan en nuestros diccionarios; y si sigue esta obra con sagacidad, sobre todo en sus relaciones con la vida práctica, poseerá el *buen sentido*, perfeccion suprema del entendimiento.

Pero á medida que el pensamiento profundiza las cosas, el sentimiento y la voluntad se elevan. A los desahogos naturales de la infancia suceden ahora sentimientos más enérgicos y más concentrados, ya de benevolencia, ya de desagrado, segun las inspiraciones del corazón y las tendencias de la reflexión. El corazón tiene sus extravíos como el espíritu, cuando no está regulado por la razón, y estos extravíos se traducen en *pasiones*. La pasión se hace generalmente interesada y á la vez brutal, cuando los apetitos sensibles conservan su influencia en la edad en que el entendimiento se desarrolla; la vida entonces es un cálculo donde todo se ejecuta en provecho de los goces, donde todo se sacrifica á la satisfacción del egoísmo. Pero la cultura del entendimiento no excluye los sentimientos generosos y artísticos, si el espíritu tiene alguna inclinación por los elementos racionales de su naturaleza. El *buen gusto* vá á la par con el buen sentido; ámbos señalan el mismo grado de cultura aplicada, ya al pensamiento, ya al sentimiento; pero segun ellos, se dividen entre los sexos. La voluntad, en fin, sufre las mismas vicisitudes. No se deja guiar por el placer ó por el dolor del momento; los placeres y los dolores se estudian friamente, y son computados y repartidos sobre toda la extensión de la vida terrestre, y alguna vez de la vida futura; el *interés* es quien viene entonces á ser el móvil de nuestros actos; sacrificamos los goces presentes y pasajeros á una ventaja futura más considerable, aceptamos las privaciones momentáneas en vista de una posición más brillante ó más segura. El interés, ante todo, es personal, porque cada uno es el sólo juez de sus placeres como de sus sensaciones, y si la sensibilidad prepondera cuando la reflexión se robustece, caso que se presente

en los hombres groseros y en los pueblos salvajes, el interés personal ahoga todas las aspiraciones superiores de la naturaleza humana. «Cada uno para sí.» Pero en el desenvolvimiento normal del espíritu, el mismo interés se trasforma, los goces físicos ceden el paso á los goces morales, el amor propio se concilia con el deber, y se cumple, en fin, el bien, si no para obedecer las órdenes severas de la conciencia, al ménos para conservar la estimación de los hombres honrados. El interés bien comprendido se aproxima así gradualmente á la moralidad pura. Pero la diferencia existe en la intención del agente y en la parte del sacrificio; el uno toma por divisa la máxima: «La caridad bien ordenada comienza por uno mismo;» el otro se apoya en un principio universal y categórico: «Haz lo que debas, suceda lo que quiera.»

El tercer grado de cultura está señalado por el predominio de la *razón*. El espíritu está ya plenamente desarrollado como pensamiento, como sentimiento y como voluntad; sus fuerzas se equilibran y se manifiestan en el conjunto de sus aplicaciones sensibles y supra sensibles; la sensibilidad y el entendimiento no cesan en su papel, y no pierden sus derechos, pero se someten á las leyes de la razón; toda la actividad del hombre toma un carácter racional y armónico. Es el indicio de una vida superior, donde los bienes perecederos de la tierra pierden su prestigio ante los intereses más elevados del destino eterno del alma. El pensamiento, desde luego, flota en el mundo de las *ideas*, vislumbrado por el génio de Platon. A las percepciones sensibles, á los conceptos abstractos del espacio y del género, que no se relacionan más que con el globo terrestre, suceden los *principios* de un valor universal, aplicables á la vida sin límites, lo infinito y lo absoluto, la esencia y la causa, lo bueno y lo bello, lo verdadero y lo justo, ideal de la razón que ilumina toda nuestra actividad presente, y que no desaparecerá de nuestro horizonte despues de la muerte. Merced á los datos de la razón, traspasamos el dominio de la observación, nos remontamos de la parte al todo, de la tierra á la naturaleza infinita; de la humanidad del globo, á la humanidad del universo; del espíritu individual, al mundo de los espíritus, y estamos desde entonces en aptitud de adquirir el concepto científico de *Dios*, como principio del pensamiento y de la realidad. Fundada sobre el concepto de Dios, la ciencia se organiza en su conjunto, todos nuestros conocimientos se someten á un sólo y mismo principio, la filosofía deja de estar reñida con la religión